

Libia en la estrategia del Estado Islámico: ¿qué implicaciones para el norte de África y el sur de Europa?

Fernando Reinares | Investigador principal de Terrorismo Internacional del Real Instituto Elcano | @F_Reinares 

Desde que el denominado **Estado Islámico (EI)** proclamó el Califato en junio de 2014, tras una ofensiva que le permitió hacerse con el control de amplias franjas del territorio en **Siria e Irak**, su prioridad estratégica es mantenerlo y expandirlo. Para mantenerlo, dicha organización yihadista, configurada a partir de la que hasta abril de 2013 fue la rama de **al-Qaeda** en el segundo de esos países y actualmente una matriz alternativa del **yihadismo global**, recurre a la brutal aplicación de una versión fundamentalista de la sharía o ley islámica y a la provisión de servicios públicos a los suníes que, atemorizados o complacientes, siguen habitando bajo su dominio. A tal fin se sirve de muy diversas modalidades de financiación y del concurso de más de 30.000 militantes bien armados. Se estima que **una cifra superior a la mitad de estos tiene un origen foráneo** y han sido movilizados tanto en países con poblaciones mayoritariamente musulmanas como en el seno de colectividades musulmanas en otros países, principal pero no exclusivamente occidentales.



Para expandir el Califato, los líderes del EI afrontan serias limitaciones en las áreas que colindan con los actuales márgenes del mismo. Limitaciones a las que desde el pasado verano se añaden los bombardeos que lleva a cabo una **coalición internacional liderada por EEUU**. En consecuencia, han optado por dar preferencia una **ampliación territorial no contigua allí donde exista oportunidad**. Hay zonas de **Libia** que resultan particularmente adecuadas para ello, al menos por tres razones. Primero, la **desintegración estatal que supuso el derrocamiento del régimen de Muamar el Gaddafi** –después de una intervención de la **OTAN cuyos efectos resultaron contraproducentes** para la estabilidad política del país– y la situación de violencia generalizada que continúa desde poco después. Baste un indicador: de acuerdo con la **Global Terrorism Database** de START, de la Universidad de Maryland, en Libia hubo dos incidentes terroristas en 2011, 58 en 2012 y 293 en 2013. Una segunda razón es la existencia en Libia de comunidades, sobre todo entre la población joven, afines al EI. La tercera, su ubicación en el norte de África y frente a las costas del sur de Europa.

Una de esas comunidades favorables al EI se articuló a inicios de 2014 en **Derna**, ciudad de entre 100.000 y 150.000 habitantes situada en la costa mediterránea, no lejos de la frontera egipcia y con antecedentes de presencia yihadista. Allí se hizo fuerte el Grupo Islámico Combatiente Libio (GICL) en los años 90 y de allí procedió gran parte de los individuos que durante algunos años, desde septiembre de 2004, se unieron a al-Qaeda en Mesopotamia, precursora del EI. También allí, en abril del año pasado, es donde se formó el llamado **Consejo Consultivo de la Juventud Islámica (CCJI, Majlis Shura**

Shabab al-Islam), que probablemente absorbió en buena medida a una sección de la organización yihadista Ansar al-Sharía existente desde 2012 en la ciudad e inicialmente relacionada con al-Qaeda. Después de que los alrededor de 800 integrantes del CCJI se dedicaran durante dos meses –como han venido haciendo después de manera sistemática– a forzar mediante asesinatos, decapitaciones, secuestros y flagelaciones una observancia extremista del credo islámico en Derna, en junio hicieron público su apoyo al EI y a su líder, Abu Bakr al-Baghdadi.

Baghdadi no desaprovechó esta oportunidad para expandir el Califato fuera de Oriente Medio. Instruyó al directorio del EI para que se incrementaran los contenidos relacionados con Libia en la propaganda de la organización. Envío a alguien de su confianza –todo indica que con la colaboración de un predicador saudí como asesor religioso y de una parte de los varios centenares de yihadistas libios que se habían trasladado a Siria e Irak pero regresaron con este propósito– para que interviniese para convertir a Derna en el primer notable ejemplo de la fórmula de ampliación no contigua priorizada a corto plazo para la expansión del EI. Así, el CCJI de Derna declaró el pasado 3 de octubre que la ciudad y su entorno pasaban a formar parte del Califato como provincia de Barqa (Wilayat Barqa), correspondiente a la Cirenaica, aunque su dominio no cubra el conjunto de ese espacio. Solo en aquella ciudad se desenvuelve también, entre otras, la **Brigada de Mártires Abu Salim**, en cuyas filas los posicionamientos han sido más afines a al-Qaeda que al EI.

Al mes siguiente, yendo más allá de esa iniciativa pero con la finalidad de reforzarla, se constituyó una entidad conocida como los **Muyahidín de Libia (ML)**. Ésta anunció asimismo su alineamiento con el EI y la instauración, dentro de ese país, de una más extensa demarcación del Califato, teóricamente subdividida en tres provincias: además de la ya mencionada de Barqa, otras dos más en el suroeste del país y en torno a Trípoli, respectivamente. Entre tanto, los seguidores libios del Califato se fueron desplazando hacia el oeste y empezaron a aumentar la frecuencia de sus operaciones en Bengasi, Naufiliya y Sirte, ciudad esta última en la que cuentan con apoyo social pese a haber sido la principal base de Ansar al-Sharía en Libia (ASL). En ella afrontan, entre otras, la resistencia de **Amanecer de Libia**, alianza de milicias que controla Trípoli. En todas estas ciudades, los militantes libios del EI han perpetrado atentados contra blancos policiales, militares y diplomáticos, así como contra instalaciones petrolíferas y gasolineras, además de llevar a cabo secuestros.

Aunque la mayoría de los activistas con que actualmente cuentan en Libia los adeptos al EI –harían ya falta cuatro dígitos para estimar con aproximación su número– son libios, no pocos de los cuales adquirieron experiencia como combatientes y capacitación para la práctica de tácticas terroristas en Siria e Irak, es probable que en torno a **dos de cada 10 del total sean extranjeros, llegados sobre todo de países circundantes**. Es especialmente significativa la presencia de tunecinos, aun cuando también haya argelinos y egipcios, además de marroquíes y sudaneses. Desde que se difundió la noticia de que el EI estaba implantado en Libia y ejerciendo su dominio en determinados lugares del este y del centro del país, se ha desarrollado una campaña a través de las redes sociales, intensificada recientemente, mediante la cual se apela a jóvenes musulmanes de origen magrebí o europeo para que se trasladen al territorio libio del Califato de igual modo que hasta entonces se les llamaba a salir de sus países de residencia con destino a Siria e Irak.

Más de dos años antes de que se proclamase el Califato, dos años y medio antes de que por primera vez se anunciase una provincia exenta de ese Califato en el suelo de Libia, un sondeo de opinión pública llevado a cabo por Gallup en marzo y abril de 2012 entre libios de 15 y más años de edad había puesto de manifiesto que seis de cada 10 entrevistados percibían a las organizaciones islamistas y yihadistas activas en el país como la mayor de las amenazas para el futuro del mismo. Ello pese a que la encuesta no pudo realizarse en áreas donde habita cerca de un 20% de la población libia, debido precisamente a razones de seguridad. La multiplicidad de fuerzas y milicias armadas que, progubernamentales o rebeldes, se hallan implicadas en la cruenta contienda por el poder, así como las fracturas tribales y territoriales existentes dentro de Libia, podrían constituir obstáculos para el avance del EI. Sin embargo, esta organización puede ir amalgamando, de un modo contingente a sus expectativas de éxito, a formaciones afines o miembros separados de las mismas.

Pero la amenaza que el EI supone desde su nueva base en Libia va más allá del dominio totalitario que pueda imponer o de las actividades terroristas que desarrolle en el interior de las porosas fronteras del país y cuya frecuencia es verosímil se incremente notablemente a corto plazo. Eso puede deducirse, en primer lugar, de la presencia en las filas del EI de los ya aludidos yihadistas desplazados de otros países circundantes y que pueden regresar a ellos con misiones operativas. Pero también es algo que, como quedó de manifiesto en el número 5 de *Dabiq*, la revista del EI cuyo título alude al componente profético que denota la ideología del salafismo yihadista que le es propia, aparecido en noviembre del pasado año, se corresponde con una decisión estratégica de la organización liderada por Baghdadi. Ahora bien, es razonable considerar que a los dirigentes del EI les interese, ante todo, **preservar y ampliar su implantación en Libia para, al mismo tiempo, complicar la actuación internacional contra sus posiciones en Oriente Medio** y favorecer el mantenimiento del espacioso dominio que la organización ejerce en Siria e Irak.

Es más, Baghdadi puede revolver mucho más aún el escenario regional de riesgos y amenazas terroristas conectando a sus seguidores en Libia con los simpatizantes del EI en las filas de Ansar al-Sharía en Túnez, con los llamados Soldados del Califato –una escisión de al-Qaeda en el Magreb Islámico (AQMI)– basados en **Argelia**, con los yihadistas de Ansar Bayt al-Maqdis activos en **Egipto** –concretamente en el Sinaí– e incluso con los de Boko Haram en **Nigeria**. El pasado mes de agosto, el líder de esta última organización yihadista, cuyo repertorio de violencia incluye métodos terroristas comparables en brutalidad a los del EI, se refirió a una zona bajo control de la misma en el norte del país, en el estado de Borno, como parte del Califato. Por último, qué duda cabe, **la instauración efectiva en Libia de una provincia del Califato**, en el contexto de la movilización yihadista que el EI está provocando en los países de Europa Occidental, equivaldría al establecimiento de un **foco especialmente grave de amenaza terrorista frente a las costas de Italia y Grecia**. Es decir, geográficamente muy próximo al ámbito de la Europa meridional que también corresponde a España.

En el estremecedor vídeo titulado “Un mensaje firmado con sangre” que se difundió el pasado 15 de febrero, en el cual miembros del EI en Libia decapitan a 21 cristianos coptos, todos ellos –salvo quizá uno– egipcios, un portavoz de los yihadistas afirma: “conquistaremos Roma, con el permiso de Alá”. Ello puede aludir desde al Imperio Bizantino hasta a la actual Turquía, pasando por Italia o Europa en general. Pero el mensaje iba dirigido a “a la nación de la Cruz”, en apariencia sin distinguir entre

confesiones cristianas, aun cuando el aludido vocero del El añade una inequívoca mención geográfica, precisando que él y los suyos están “al sur de Roma”. En el número 4 de *Dabiq*, fechado en octubre de 2014, se aclaraba que “Roma, en la lengua árabe del Profeta, se refiere a los cristianos de Europa y sus colonias en Levante”. Por si hubiera alguna duda, en la portada de ese número se puede ver un estandarte negro del El ondeando sobre la plaza de San Pedro, en el Vaticano.